

detención sus teorías relativas á la circulación de la sangre.

Algunos biógrafos asientan que Servet nació en Villanueva de Aragón el año de 1509. Más, según su propio testimonio, parece que el metafísico y médico español vió la primera luz en Tudela, en la Provincia de Navarra, á orillas del Ebro, el año de 1511.

No son bien conocidos sus antecedentes de familia. Sábese, sin embargo, que fué hijo de Fernando Villanueva, notario de Aragón, y que el sobrenombre de *Serveto* aplicóselo él mismo, con qué objeto, se ignora. Autorizó sus primeras obras con el nombre de *Michaellem Serueto*, álias *Reues*. En trabajos posteriores usó el de *Servetus*, y cuando escribía en francés empleaba el de *Michel Seruetus*.

Créese, con algún fundamento, que la forma *Servet* fué empleada primeramente por el célebre reformista alemán Jean Hausschein, ó Juan Ecolampade, como se le conoce comunmente, en una carta dirigida al Senado de Basilea, en 1531.

Sea de todo esto lo que fuere, Miguel Servet pocas veces hizo uso de su verdadero apellido: *Villanueva*.

El futuro polemista recibió su educación primaria en la Universidad de Zaragoza, de donde fué enviado por su padre á Tolosa, en Francia, á cursar Derecho. En esta última ciudad, en 1528, fué donde Servet estudió la Biblia.

Durante su permanencia en Tolosa, como estudiante, se hizo de intimidades con el franciscano Juan de Quintana ó Quintaña, humilde sacerdote, quien, poco después de la coronación de Carlos V, en Bolonia, fué elevado á la categoría de padre confesor

del nuevo monarca. Parece que Quintana, reconociendo el preclaro talento del joven estudiante, fué el primero, entre los extraños, en prestar á Servet atención, y en brindarle una protección decidida.

Después de su vida estudiantil en Tolosa, Servet visitó á Lyon, á Ginebra, á Basilea, y á Estrasburgo. Por aquellos tiempos, es decir, en 1530, empezaba á llamar la atención pública el futuro mártir, debido á sus originales polémicas religiosas. Y ya había entrado en relaciones con varios reformistas suizos y alemanes, entre los cuales se encontraban Ecolampade, Wolfgang, Fabricio Koepstein (Capitón), y Martin Bucer (Kuhhorn).

Servet apenas tenía por entonces veinte años de edad, pero se había interesado tanto en las controversias religiosas de la época, que no pudo menos que resolverse, con un empeño digno de mejor suerte, á sostener discusiones con los principales jefes de la Reforma.

Al siguiente año, es decir, en 1531, Servet dió á la publicidad su obra intitulada *De Trinitatis Erroribus* (*Errores de la Trinidad*). Las doctrinas que allí anunciaba el autor, calificadas de heréticas, escandalizaron á todos los pensadores religiosos de aquellos tiempos. La obra fué denunciada, y condenada así por los católicos como por los protestantes.

En 1532 imprimió el mismo trabajo, revisado, y con el título de *Dialogorum de Trinitate* (*Diálogo sobre la Trinidad*), el cual tampoco tuvo aceptación por parte de las autoridades eclesiásticas.

Decepcionado, pues, y cargando con la enemistad de todas las sectas religiosas, vióse obligado Servet á abandonar, por de pronto cuando menos,



la senda á que su arrojo anticlerical le había llevado; y ya en 1535 le vemos en Lyon con el carácter de editor, dedicado á la publicación de obras científicas. En Lyon Servet conoció á Sinforiano Champier (Campegius), distinguido literato y médico, cuya influencia, parece, decidióle á abrazar la carrera de la medicina.

Así, pues, Servet pasó á París en 1536. Allí hizo sus estudios profesionales bajo el nombre de Miguel Villanueva. Fueron sus maestros predilectos Günther, Dubois, y Fernel.

Fué precisamente en París donde conoció al renombrado reformista suizo Juan Calvino. Este, que ya tenía antecedentes respecto de las extravagantes doctrinas religiosas sostenidas por Servet, prometióle, en una de sus entrevistas con él, ¡que algún día le haría abdicar de sus errores!

Con el carácter de ayudante en la clase de anatomía, Servet fué el sucesor del eminente Vesale. Distinguióse con particularismo en sus trabajos de disección, recibiendo de su maestro Günther los más grandes elogios. Por fin recibió Servet, de la Universidad de París, su título de *Doctor en Medicina*.

Poco después de este suceso, dedicóse Servet á dar conferencias públicas sobre geografía, geometría y astrología. Estas conferencias, especialmente las que se referían al último asunto, fueron mal recibidas por la facultad médica. Como insistiera, al hablar sobre estas materias, en expresar opiniones descabelladas, opiniones rayanas en charlatanería, Servet fué llamado ante un Jurado Médico, y censurado severamente por su conducta irregular, conducta que le hacía aparecer como desconocedor de todo principio de moral médica.

No se intimidó á Servet con aquel acto público. Al contrario, no quedando conforme con el duro, aunque aparentemente justo, procedimiento de la facultad médica, el polemista intentó hacer pública su propia *defensa* en un folleto intitulado: *Michælis Villanovani inquendam medicum apologetica disceptatio pro astrologia*. En este trabajo se refería Servet á sus críticos en términos poco comedidos, pues les calificaba de *sofistas*, y afirmaba que en sus argumentos contra él, sólo habían demostrado su propia ignorancia.

Pensador original, observador profundo, amante de la discusión, y de un carácter independiente, como el de todo hombre de preclaro talento, Servet expresaba sus opiniones de una manera franca, enérgica; y muchas veces, más que enérgica y franca, inconveniente; inconveniente, porque hería sin piedad susceptibilidades individuales. Aquel espíritu batallador no se avenía á las circunstancias; despreciaba, odiaba el medio de intolerancia en que se encontraba.

La actitud de Servet en esta ocasión, actitud rayana en altanería, le hizo caer bajo el peso del Parlamento de París, ante el cual fueron denunciadas sus intenciones respecto de la publicación de su *Defensa*. Aquel alto Cuerpo Judicial (especie de censor oficial) obligó á Servet á no publicar su folleto, á abstenerse por completo en lo sucesivo de ejercer la astrología y de promulgar sus falsas doctrinas.

Poco después, Servet dió á la publicidad un trabajo relativo á jarabes medicinales, con el título de *Syroporum universa ratio, ad Galeni censuram diligenter explicata*, en el cual, sin ofrecer ideas originales, concretábase particularmente á exponer



las doctrinas de escritores antiguos sobre la materia. No llamó la atención esta obra.

En 1537 pasó á la Universidad de Dovaina, en Bruselas, inscribiéndose como estudiante de teología y de hebreo. Pasado algún tiempo, Servet se dirigió á Aviñón, y luego á Charlieu en donde dedicóse exclusivamente al ejercicio de su profesión como médico.

En 1540 trasladóse á la Escuela de Montpellier é inscribióse por segunda vez como estudiante de medicina; con el propósito, según cuentan las crónicas, de echar al olvido ciertas aventuras amorosas que había tenido en Charlieu. Allí indudablemente habría contraído matrimonio Servet, al no habérselo impedido una enfermedad física que padecía.

De Montpellier Servet regresó á Lyon, en 1541, y por segunda vez encargóse de la publicación de obras científicas, principalmente con el carácter de editor. Aquí tuvo ocasión de redactar una edición de la Biblia, anotada por él mismo; y poco después pasó á Viena, correspondiendo á la invitación del teólogo Pedro Paulmier, á quien había conocido durante su permanencia en París.

Por un período de doce años, es decir, de 1541 á 1553, Servet residió en Vienne como médico particular de Paulmier. Con este carácter, aquel hombre errante alcanzó un éxito financiero más que satisfactorio, pero del cual no supo aprovecharse debido á ese espíritu de beligerancia que le tenía dominado. Todo abandonaba Servet al presentarsele la más pequeña oportunidad de entrar en polémicas religiosas.

Aunque aparentaba estar conforme con las

prácticas de la Iglesia Romana, respetando así las creencias de su protector el eclesiástico Paulmier, Servet obedecía ciegamente en lo privado á sus naturales inclinaciones.

Su cerebro, estimulado por el fuego de extravagantes fantasías, á la par que de pensamientos filosóficos, era una caldera de especulaciones teológicas, digámoslo así; caldera en la cual fué imposible evitar una explosión.

Y las consecuencias de esa explosión fueron, como era de esperarse, dado el espíritu intolerante de la época, desastrosas para el inmortal autor de *Christianismi Restitutio*.

Además de las ya mencionadas, se atribuyen á Servet otras obras. Entre éstas se pueden citar su *Claudii Ptolomæi Alexandrini Geographica Enarrationis Libri Octo: ex Bilibaldi Pirckheymeri translatione, sed ad Græca et prisca exemplaria a Michæli Villanovano jam primum recogniti*, y su *Brevissima Apologia pro Symphoriano Campegio in Leonardum Fuschium*.

Peo el libro que se puede considerar como la principal producción literaria y médico-filosófica de Servet, así como la causa de su muerte, según la significativa expresión del reputado escritor y distinguido fisiologista norte-americano, Draper, fué el que lleva por título: *Christianismi Restitutio* (*Restitución del Cristianismo*).

Detengámonos por breves instantes para examinar, aunque sea á la ligera, el carácter general de la Gran Reforma religiosa, una de cuyas numerosas víctimas fué Servet.

La célebre crisis del Siglo XVI fué una revo-



lución de ideas, revolución que tenía por fundamento la emancipación de la conciencia; revolución que al principio encaminóse casi exclusivamente á combatir la tiranía de una autoridad eclesiástica que por tantos años había tenido postergados así á los individuos como á las sociedades, y como á los cuerpos políticos constituidos.

Se trataba de destruir, por de pronto, un poder avasallador, de proclamar la libertad intelectual.

Consiguióse el establecimiento de esta sublime garantía, es verdad; pero desgraciadamente llevóse la penitencia en el pecado, por decirlo así, porque no pasó mucho tiempo, después de iniciado el gran movimiento antipapal, sin que se perdiera de vista el objeto principal de la magna lucha, sin que se hicieran á un lado los principios más culminantes de la Reforma.

La crisis era, como se ha dicho, una revolución de ideas; pero después de esa imponente tempestad vino, nó la calma que trae consigo la meditación filosófica, sino un desbordamiento de mezquinas ambiciones, una guerra de pasiones inmoderadas, un estado delirante, una verdadera anarquía político-religiosa.

Entre los principales reformistas no hubo un solo espíritu pensador que diera al gran movimiento un carácter firme, un carácter evolutivo, un carácter constructor. Pero esto, á la verdad, casi no podía esperarse.

Aquella no era una época de reposo intelectual, de ese reposo que es la base de la verdadera filosofía, el fundamento de toda investigación razonada.

El año de 1524 suscitáronse diferencias de opi-

nión religiosa entre los reformistas suizos y alemanes, especialmente con respecto á la Eucaristía.

Provocaron estas diferencias las disputas acaloradas que ya habían tenido en lo particular Lutero y Carlstadt. Este último había sido siempre amigo íntimo y el más entusiasta admirador de Lutero; pero á consecuencia de estas disputas, disputas que crearon entre ambos una hostilidad personal, falta de todo criterio, volvióse aquel su más encarnizado enemigo.

En la *Conferencia* de Marburgo, celebrada en 1529, Zwingli, jefe de los reformistas suizos, y Lutero, director espiritual de los protestantes alemanes, discutieron con ardor, y hasta con vehemencia, las diferencias que los tenían divididos; pero el resultado final de aquella controversia fué negativo.

Así, pues, en la *Dieta* de Ausburgo, verificada en 1530, Lutero y su distinguido colaborador, Melanctón, el *Fenelón de la Reforma*, como se le ha llamado, presentaron su famosa *Confesión* en que, al hacer una exposición de los errores y de las supersticiones del catolicismo, trataban de uniformar las doctrinas reformistas ya en lucha entre sí mismas.

Sin embargo, aquella *Dieta*, influenciada por Carlos V, no sólo rechazó de plano, sí que también condenó, la mayor parte de las doctrinas anticatólicas. Con este motivo, promovióse por los disidentes, entre los cuales se encontraban los principales jefes de once ciudades imperiales, y nueve miembros de la nobleza protestante, una reunión en Smalkada; y allí, en formal alianza, resolvióse á no prestar obediencia alguna á las decisiones de la *Dieta* de Ausburgo.

En esta nueva Liga, cuyas principales pretensiones se dirigian á *organizar* el movimiento gene-



ral reformista, no se encontraba representante alguno de los correligionarios suizos. Por tanto, los reformistas de Suiza negáronse en lo absoluto á adoptar la *Confesión* de Ausburgo.

Y hé aquí la primera división formal habida entre los protestantes, división que entonces había-se provocado con particularismo entre los *Sacramentales* (secta que desechaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía), encabezados por Zwingli, Ecolampade, Bucer, y otros, y los *Luteranos*, cuyos jefes eran Lutero y Melanctón, quienes defendían la doctrina de la *Consustanciación* promulgada por el huésped, en Wartburgo, de Federico el *Sabio*.

Entretanto, Suiza daba vida á una nueva secta patrocinada por Calvino. Este sostenía principalmente las doctrinas agustinianas relativas á la predestinación, á la abolición de todo festival religioso, y á la supresión de toda ceremonia de iglesia.

Vino con el tiempo una fusión entre los partidarios de Calvino y los correligionarios de Zwingli.

No paró aquí el mal. Siguió adelante la división doctrinaria entre los mismos protestantes, como lo atestigua el crecido número de *confesiones*, ó credos, que se formaron después, y que aun subsisten.

Esta inusitada división, lejos de dar lugar á meras polémicas, á más ó menos juiciosas interpretaciones relativas á la Biblia y á la filosofía cristiana, despertó odios personales, luchas insensatas; y estas luchas y estos odios produjeron una exacerbada exaltación de los ánimos, persecuciones inauditas, guerras horrorosas.

El espíritu antipapal de la Reforma habíase trocado, pues, en un elemento terrible de discordia entre los mismos separatistas.

El entusiasmo desencadenado de las divididas sectas protestantes (entusiasmo dañado), llevó el contagio hasta los poderes públicos establecidos. Parece que cada gobierno habíase constituido entonces en ciego defensor de su secta.

Y como observa juiciosamente el historiador y filósofo norte-americano, Draper:

“La senda desesperada en que había entrado el Papado para echar abajo á sus contrarios, provocando guerras civiles, asesinatos y matanzas, fué del todo ineficaz.

“No tuvo mejor resultado el Concilio de Trento, que aparentemente se convocó para corregir, ilustrar y fijar con claridad la doctrina de la Iglesia, restaurar el vigor de su disciplina y reformar la vida de sus ministros; pero fué de tal modo preparado, que una gran mayoría de sus miembros era italiana y estaba bajo la influencia del Papa. De esto se desprende que los protestantes no podían aceptar sus decisiones.

“El resultado de la Reforma fué que todas las iglesias protestantes aceptaran el dogma de que la Biblia es guía suficiente para todo cristiano. La tradición fué rechazada y asegurado el derecho de interpretación privada. Se creyó que al fin se había encontrado el criterio de la verdad.

“La autoridad atribuida de esta suerte á las Escrituras, no fué restringida á materias puramente religiosas ó morales: se extendió á los hechos filosóficos y á la interpretación de la Naturaleza. Muchos fueron tan lejos como en los antiguos tiempos Epifanio, que creía que la Biblia contenía un sistema completo de mineralogía.

“Los reformistas no toleraron ciencia alguna que no estuviese conforme con el Génesis; entre ellos había muchos que sostenían que la religión, que la piedad, no podrían florecer á menos de separarlas del saber y de la ciencia. La máxima fatal de que la Biblia contiene la suma y esencia de todo saber útil ó posible para el hombre, máxima empleada de antiguo con tan pernicioso efecto por Tertuliano y San Agustín, y que tan frecuentemente había sido reforzada por la autoridad papal, fué sostenida con ardor.



“Los jefes de la Reforma, Lutero y Melanctón, determinaron expulsar la filosofía de la Iglesia. Lutero declaró que el estudio de Aristóteles era completamente inútil. Sus vilipendios contra el filósofo griego no tienen límites: *Ciertamente que es, dice, un demonio, un terrible calumniador, un malvado sicofante, un príncipe de las tinieblas, un verdadero Apollyon, una bestia, el mayor embustero de la humanidad, en quien difícilmente se halla la menor filosofía, un charlatán público y de profesión, un macho cabrío, un completo epicúreo, ese dos veces execrable Aristóteles.*

“Los alumnos del filósofo, según Lutero, *eran sabandijas, orugas, sapos y piojos*: los aborrecía profundamente. Estas opiniones, aunque no expresadas tan enfáticamente, eran también las de Calvino.

“En todo cuanto se refiere á las ciencias, nada se debe á la Reforma: siempre estaba ante ella el lecho de Procusto del Pentateuco.

“El día de más triste presagio que se registra en los anales del mundo cristiano, es aquel en que éste se separó de la ciencia. Por ello se vió Orígenes, uno de los jefes y columnas de la Iglesia, obligado en aquel tiempo (231) á abandonar su cometido en Alejandría, y á retirarse á Cesárea. En vano, durante muchos siglos, hicieron los hombres instruidos de la Iglesia esfuerzos para, como se decía entonces, *extraer el jugo interior y médula de las Escrituras, que lo explicaría todo.*

“La historia universal, desde el siglo III hasta el XVI, nos enseña cual fué su resultado, y la lobreguez de aquellos tiempos se debe á esta política. Aquí y acullá, es cierto, hubo grandes hombres, como Federico II y Alfonso X, que elevándose á un punto de vista superior y general, comprendieron el valor de la instrucción para el progreso, y en medio del terror de que los rodearon los eclesiásticos, reconocieron que sólo la ciencia puede mejorar la condición social del hombre.

“La aplicación de la pena capital por diferencia de opinión duraba todavía.

“Cuando Calvino hizo quemar á Servet en Ginebra, comprendió todo el mundo que el espíritu de persecución no había concluido; la culpa de aquel filósofo era su creencia de que la doctrina genuina de la cristiandad se había perdido aun antes del Concilio de Nicea, y de que el Espíritu Santo animaba todo el sistema de la Na-

turalidad, como alma del mundo, y que será absorbido con Cristo al fin de todas las cosas, en la substancia de la divinidad de que ha emanado. Por esto fué quemado á fuego lento. ¿Hubo alguna diferencia entre este auto de fé protestante y el católico de Vanini, quemado así mismo en Tolosa por la Inquisición, en 1629, por su *Diálogos sobre la Naturaleza?*”

Efectivamente, de la gran Reforma religiosa; de aquel conflicto general; de aquel formidable sacudimiento anticatólico; de aquella febril lucha religiosa, surgió la completa perversión del verdadero espíritu del cristianismo. Y á esta perversión siguieron períodos sangrientos político-religiosos, como la infame persecución de los Hugonotes, y la subsiguiente Guerra de Treinta Años.

Como al Papado en todo tiempo, vinieron á dar pábulo á las diversas sectas protestantes, en el curso de su ingrata tarea, una intransigencia criminal, mezquinos intereses, pasiones descomunales; y cada una de estas sectas, olvidándose, en los momentos más solemnes, del enemigo común, convirtiéndose en cruel perseguidora de las demás.

Este espíritu de persecución no se basaba, nó, en represalias de la inteligencia, digámoslo así, en meras diferencias de ideas, sino en lo más abominable que imaginarse pueda: la práctica de ruines venganzas personales.

Puede decirse, en efecto, que lo que la Reforma habíase propuesto combatir en el corrompido régimen de la Santa Sede, lo ejecutaban ahora, con ímpetu teológico (!), las sectas á que había dado origen aquel movimiento revolucionario.

¡Frente á la letrina de Roma Pontificia habíase colocado un foco de corrupción protestante!

Era que ante aquellas prolongadas contiendas, promovidas y sostenidas por la *pasión religiosa*,



habíase perdido todo sentimiento humanitario, y hecho á un lado todo principio de moral, desvirtuándose de esta manera las sabias enseñanzas del filósofo de Galilea.

Pero del pantano infeccioso formado por odios eclesiásticos, habíase desprendido una emanación pura y cristalina; emanación que, cual nuevo eílixir de vida, ha venido á vigorizar al género humano: ¡la libertad intelectual!

Ni De la Roche, ni Hodges, ni Allweorden, ni Saisset, ni Willis, ni Tollu, ni Pünfer, ni Mosheim, escritores y comentadores todos, que con algún detenimiento se han ocupado de Servet; ni otro alguno de tiempos recientes, nos ha proporcionado un estudio concienzudo referente á las verdaderas doctrinas religiosas mantenidas por el distinguido médico-teólogo aragonés.

Por ejemplo, Mosheim, Canciller de la Universidad de Göttingen, y reputado erudito en materias eclesiásticas, asienta en su célebre obra intitulada *Institutiones Historiæ Ecclésiasticæ*, que es muy difícil poner en claro, en pocas palabras, las doctrinas religiosas de Servet, y que ningún detalle puede esclarecerlas debidamente.

Asimismo, De la Roche dice, en sus *Memorias de Literatura*, que Servet se expresa algunas veces de una manera tan oscura, tan confusa, que no es fácil para el lector formarse una idea referente á sus doctrinas metafísicas.

Otros escritores no han sido más afortunados al hablar de la filosofía (?) religiosa de Servet. Según unos, éste se inclinaba á la doctrina *anabaptista*, aunque negaba la tripersonalidad de Dios y la co-eternidad del Hijo, con todo lo cual jamás

estuvieron de acuerdo los católicos, como tampoco la mayor parte de los protestantes.

Se ha supuesto igualmente que el credo principal de Servet se asemejaba en esencia á la filosofía arriana: es decir, á la doctrina antitrinitaria del alejandrino Arrio, por la cual sostenía este presbítero que ha habido precisamente un tiempo en que el Hijo, atendiendo á su propia naturaleza de hijo, no ha podido existir, y un tiempo en que principiaría á ser, toda vez que es condición necesaria, absolutamente precisa, en las relaciones filiales, que un padre sea mayor que su hijo!

Esta doctrina de Arrio venía á destruir la co-eternidad de las tres personas de la Trinidad, á implicar una subordinación ó desigualdad entre ellas, de todo lo cual se desprende que efectivamente hubo una época en que no existía la Trinidad, y que este dogma, por tanto, es un absurdo.

Parece que Servet, sin embargo, no fué partidario de Arrio, á quien consideraba como *Christi gloriæ incapacissimus*; tampoco lo fué de los *trinitarios*, como él los llamaba, esto es, de aquellos que creen en la Trinidad (*ceux qui croyent en la Trinité*).

Servet aceptó, sí, y sostuvo siempre, las enseñanzas filosóficas de Cristo. Y precisamente en su magna obra *Christianismi Restitutio*, Servet aboga por la restauración del cristianismo primitivo, el cual, según sus más firmes convicciones, había sido desde un principio alterado y corrompido, desvirtuado, mediante los insensatos sofismas inventados por la Iglesia.

Pero más que llevar á la práctica una reforma radical en el sentido que él mismo indicaba, Servet ocupóse en su libro de cuestiones oscuras de metafísica, cuestiones que se referían al Padre, al Hijo



y al Espíritu Santo, y á sus relaciones con la doctrina de la Trinidad; y creyólas de importancia tan vital, que consideróse justificado para lanzarlas á la publicidad. Jamás tuvo en cuenta el peligro que podía sobrevenirle al convertirse en un Aristarco de fanáticos como Calvino y sus ciegos partidarios. Tal era su irresistible entusiasmo por las polémicas religiosas.

La parte de su obra, *Christianismi Restitutio*, en que trata del Espíritu Santo, al cual considera como un medio de comunicación, nada más, entre Dios y el hombre, es donde, inesperadamente de parte del lector, viene á describir Servet, con verdadera maestría, ¡la circulación pulmonar!

Primeramente hace el autor una exposición de lo que él titula *filosofía divina*, en la cual se refiere á la vida y á los espíritus que residen en la forma corpórea; y después de describir el *espíritu vital*, producto del corazón, y el *espíritu animal*, cuyo origen está en la masa cerebral, pasa á explicar cómo la vida, ó el alma, no se encuentra en la substancia de los órganos sólidos, sino en la sangre, sosteniendo que la vida misma es la sangre, ó el *espíritu sanguíneo* de que hablan las Escrituras.

Por otra parte, Servet rechaza desde luego la doctrina antigua por la cual se sostenía que los tres espíritus, el *natural*, el *vital* y el *animal*, residen respectivamente en las venas, en las arterias y en los nervios. Declara, además, que el *espíritu natural* y el *espíritu vital*, no son realmente distintos: ¡que el líquido que fluye por las arterias y las venas es de naturaleza idéntica!

El espíritu vital, ó sea la sangre arterial, resulta, según Servet, de una mezcla del aire inspirado y el líquido sanguíneo que el ventrículo derecho del corazón arroja al izquierdo. Esta transmisión

no se verifica al través del septo intraventricular, como se ha creído, sino por arte distinto: la sangre delgada del ventrículo derecho se mueve al través de un largo conducto hacia los pulmones, los cuales la preparan, haciéndola que cambie á un color subido; y luego, despojada de su materia fuliginosa, por medio de la respiración, pasa de la arteria á la vena pulmonar.

Compara entonces Servet la conexión que hay entre la arteria y la vena en los pulmones, con la que existe entre las venas porta y hepática en el hígado, y asienta que la transición de la arteria á la vena se verifica en los pulmones por medio de una *nueva clase de vasos* formada por la vena y la arteria.

Tenemos en todo esto descrita lo que se llama en fisiología la *pequeña circulación* ó sea *circulación pulmonar*, es decir, el circuito que hace la sangre, pasando del ventrículo derecho del corazón al través del gran vaso, la arteria pulmonar, la cual váse á ramificar en el tejido de los bofes, y de aquí, volviendo el líquido en cuestión otra vez al corazón por otra serie de vasos, que, conocidos con el nombre de venas pulmonares, descargan su contenido en la aurícula izquierda del órgano cardíaco.

En efecto, todo lo anterior se desprende de la descripción que del fenómeno circulatorio en referencia hace Servet. Esta descripción, que en seguida pasamos á copiar íntegra (traducción hecha del latin original), se encuentra en la página 170 del *Christianismi Restitutio*, la cual fué citada por primera vez en Londres, en 1697, por Wotton en su obra intitulada *Reflections on Ancient and Modern Learning*. (*Reflexiones sobre la Sabiduría Antigua y Moderna*.)